

RESEÑAS







IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
CARLOS ILLADES, *LA INTELIGENCIA REBELDE. LA IZQUIERDA EN EL DEBATE PÚBLICO EN MÉXICO 1968 -1989*, Océano, México, 2011, 250 pp., ISBN 978-607-400-653-7
.....

POR GUSTAVO LEYVA
UAM Unidad Iztapalapa
g.leyvm@gmail.com

En *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989*, Carlos Illades nos ofrece una cuidadosa reconstrucción y, al mismo tiempo, una interpretación de los grandes debates de la intelectualidad de izquierda en este país a lo largo de 21 años, en un periodo que inicia con los movimientos estudiantiles de 1968 en México y en el mundo, pasa por las experiencias de la Unidad Popular en Chile, el eurocomunismo en Francia, Italia y España; las luchas obreras en México en los años setenta, los movimientos guerrilleros (urbanos y rurales) en esta misma década, la reforma política mexicana de 1977, la revolución sandinista en Nicaragua en 1979 y las huelgas de *Solidarność* en Polonia en 1980, para finalizar con la caída del muro de Berlín en el plano internacional y con la “caída” del sistema en las elecciones presidenciales de 1988, en el nacional.

A lo largo de este libro el autor analiza las condiciones que favorecieron la recepción del ideario de izquierda en Latinoamérica en general y en México en particular en el marco de diversas movilizaciones y luchas sociales. Se refiere, por ejemplo, tanto al desarrollo industrial que permitió el surgimiento de la clase obrera como a las dramáticas desigualdades sociales y económicas que caracterizan a los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, nos ofrece una localización de las luchas y debates de la izquierda mexicana en el contexto internacional, especialmente en el latinoamericano, y señala a la vez sus diferencias en el horizonte regional, sin dejar de lado el modo en que nació la izquierda socialista en nuestro país. Así, en este libro se nos presenta una periodización del surgimiento y desarrollo de ésta en México desde la segunda mitad del siglo XIX hasta finales del siglo XX, sobre todo la década de los ochenta, con la constitución del Partido Socialista Unificado de México (1981-1987) y, posteriormente, del Partido de

FECHA DE RECEPCIÓN 27/08/12, FECHA DE ACEPTACIÓN 25/09/12

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
NÚM. 73 • AÑO 33 • JULIO-DICIEMBRE DE 2012 • PP. 235-242

la Revolución Democrática (1989), y la de los noventa, con la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1994) y del Ejército Popular Revolucionario (pp. 17-18). No obstante, como ya se ha dicho, el libro se centra ante todo en los debates teóricos en el interior de la izquierda en el periodo que va de 1968 a 1989, tomando como eje de análisis las revistas *Historia y Sociedad* (1965-1981), *Coyoacán* (1977-1985) y *Cuadernos Políticos* (1974-1990).

En el caso de la primera, creada bajo el amparo del Partido Comunista Mexicano (PCM) con el propósito de “impulsar y difundir el pensamiento marxista en la filosofía y las ciencias sociales” (p. 52), Illades revisa en particular las figuras de Enrique Semo y Roger Bartra, ponderando sus logros, pero también señalando sus limitaciones. Entre los primeros destacan los esfuerzos tanto por analizar el desarrollo del capitalismo en México para determinar la fase histórica en que éste se encontraba y el programa de reivindicaciones sociales y políticas que de ahí podía extraerse (Semo), como por investigar el modo de producción asiático en las formaciones sociales periféricas y la forma en que se anclaban en él las raíces del despotismo político en un país como México (Bartra) (p. 55). De acuerdo con Illades, las limitaciones provenían, en ambos casos, de una cierta ortodoxia que les impidió, por ejemplo, reconocer el valor y reflexionar sobre el modo de incorporar un marxismo no determinista a los estudios históricos –expresado en una obra como la de E. P. Thompson *Formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963)– y, en general, de la incapacidad de asumir apuestas como las planteadas por el “materialismo cultural” (Raymond Williams y E. P. Thompson) en Inglaterra (pp. 54 y 133), por la reflexión de Louis Althusser en su análisis de los aparatos ideológicos de Estado,¹ por los sistemáticos análisis de Jürgen Habermas a partir de su distinción entre “trabajo” e “interacción” o, por supuesto, por el redescubrimiento de Antonio Gramsci y su comprensión de la política sobre la base de su noción de hegemonía.² En el caso de Bartra, sin embargo, su gradual alejamiento del marxismo doctrinario del PCM y de su énfasis en una visión mecánica de las relaciones entre la base económica y la superestructura jurídica y política lo conduciría poco a poco a investigar las redes imaginarias del poder político y a una suerte de deconstrucción de la identidad nacional (p. 64). Por su parte, el proyecto de Semo alcanzaría un punto de culminación con la publicación de la primera edición de *México, un pueblo en la historia* (4 vols., 1983).

Respecto a *Coyoacán*, basado en la obra de intelectuales como Adolfo Gilly, Illades rastrea la poderosa influencia del trotskismo en el análisis y comprensión de la historia y el capitalismo mexicanos. La *Historia de la revolución rusa* de Lev Trotsky ofrece aquí el modelo para el análisis de la Revolución Mexicana, que Gilly presenta como una “revolución interrumpida”, en la que el zapatismo y el cardenismo representarían los

¹ Pienso aquí en ciertos pasajes de “Idéologie et appareils idéologiques d’État (Notes pour une recherche)”, publicado en la revista *La Pensée*, núm. 151, junio de 1970.

² Cf. Gramsci, *Cartas desde la cárcel*, 1929-1935.

momentos culminantes de un movimiento marcado por la violenta irrupción de las masas en la escena social y política del México del siglo XX, y cuyo epílogo estaría marcado tanto por la insurgencia cívica del neocardenismo en 1988 como por la rebelión neozapatista de 1994 (pp. 78-79). Después de un acercamiento al movimiento neocardenista liderado por Cuauhtémoc Cárdenas a finales de los años ochenta, que culminó, como se recuerda, con la creación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1989, Gilly se distanció de la línea adoptada por este partido a inicios de los años noventa, recuerda Illades, para involucrarse en movimientos contestatarios de corte altermundista y antisistémico, aunque sin haber realizado una revisión crítica de la tradición y las concepciones políticas que lo habían orientado hasta ese momento (p. 88).

El interés principal de Illades se centra, sin embargo, en *Cuadernos Políticos* –y testimonio de ello es la mayor extensión que dedica en su estudio a esta revista– donde confluían una serie de intelectuales de izquierda que, al carecer de ataduras con el estalinismo y con la defensa del “socialismo realmente existente”, pudieron refrescar la teoría marxista con ideas provenientes del redescubrimiento del legado de Antonio Gramsci, del estructuralismo francés en la línea de Louis Althusser y de la Escuela de Fráncfort, para pensar un problema que había sido un punto ciego en la tradición marxista: la política y la democracia como vías de desactivación de la violencia (pp. 89 y 99). A este problema se sumarían dos más: la necesidad de pensar el discurso crítico –y la función que en él se le podía asignar al marxismo– desde Latinoamérica así como la importancia de desarrollar una reflexión sobre el capitalismo en América Latina y su inserción en la economía mundial. Para ello son centrales las reflexiones de tres pensadores a los que Illades presta especial atención: Carlos Pereyra, Ruy Mauro Marini y Bolívar Echeverría. La respuesta política a la violencia a través de la democracia, el fortalecimiento de la sociedad civil, la tentativa de reconciliar al socialismo con la democracia (tentativa en la que se dieron cita ideas provenientes del eurocomunismo y de pensadores como Antonio Gramsci y Norberto Bobbio) y un desarrollo económico incluyente que combatiera frontalmente las desigualdades aparecieron así como temas centrales en las disquisiciones de Carlos Pereyra. El objetivo era una democratización del régimen político a través de una competencia política entre partidos y actores políticos normada por reglas y procedimientos claros e imparciales (pp. 99, 137 y ss.). Ruy Mauro Marini, por su parte, se preocupó por ofrecer una alternativa teórica y política al discurso desarrollista de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), con una teoría de la dependencia en clave marxista construida a partir del concepto de superexplotación (pp. 101 y ss.). Por último, Bolívar Echeverría buscó en un primer momento reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de la articulación del discurso crítico, subrayando la dimensión negativa que éste debía mantener frente a lo existente, para ofrecer, posteriormente, una suerte de disección de la modernidad latinoamericana a partir de lo que él denominó el *ethos* barroco (cf. pp. 130 y ss.).

Puede decirse que los problemas planteados por la izquierda en el periodo contemplado por Illades continúan siendo, en cierto sentido, los que nos ocupan hoy en día: la democracia y la izquierda que preocupó a Carlos Pereyra; la crítica al nacionalismo como discurso ideológico de dominación que ha acompañado la reflexión de Roger Bartra; la vigencia y posibilidad de la crítica desde (y a una) modernidad barroca sobre la que no cesó de reflexionar Bolívar Echeverría; el imperativo de Enrique Semo y Adolfo Gilly por vincular el desarrollo y modernización económicos con la justicia social, así como la perspectiva latinoamericanista de Ruy Mauro Marini con su empeño por analizar a América Latina en el marco de las relaciones centro-periferia.

Me permito proponer, para concluir, algunas líneas –la primera de ellas acaso la más relevante en nuestro contexto, por lo cual le dedico más espacio– para proseguir productivamente la reflexión que Carlos Illades ha iniciado en este libro.

En primer lugar, llama la atención que el libro se centre en revistas teóricas vinculadas a centros y movimientos urbanos que mantenían una relación más o menos directa con ciertos partidos políticos –el PCM o el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)–, dejando de lado –y esto no deja de sorprender– a otras vertientes no asociadas a los partidos políticos considerados por Illades (como ya se ha dicho: el PCM, posteriormente el Partido Socialista Unificado de México, PSUM, y el PRT). Pienso aquí en el vasto espectro que abarcaría, por ejemplo, a *Estrategia* (1975-1993), la revista dirigida por Alonso Aguilar, Fernando Carmona y Jorge Carrión, y vinculada a la editorial *Nuestro Tiempo*; a otras ocupadas del análisis coyuntural como *Punto Crítico* (1972-1988, dirigida por Adolfo Sánchez Rebolledo en el periodo de 1972-1977), fundada por estudiantes y académicos radicalizados en el movimiento del 68, e incluso a *Cuadernos Agrarios* (1976-1980 en su primera época).

Tampoco se consideran publicaciones –de vida limitada, es cierto, y quizá de un alcance menor que las analizadas por Illades, haya sido ello por la ausencia de una estructura partidaria que las apoyara o por la escasa infraestructura editorial con que contaban– que no se encontraban asociadas a ninguno de los dos partidos de izquierda mencionados ni eran herederas del marxismo ortodoxo, como *Autogestión* (1977), dirigida por Guillermo Rousset Banda y vinculada a proyectos cercanos al grupo francés *Socialismo o Barbarie*, aglutinado alrededor de Cornelius Castoriadis y Claude Lefort, y a los de la izquierda italiana en torno a Amadeo Bordiga, que desde 1945 habían realizado una crítica frontal al estalinismo y al régimen soviético definiéndolo como una nueva forma de “capitalismo de Estado”. Cabe preguntarse por qué no se incluyeron propuestas que acaso derivaron de las analizadas por Illades y que introdujeron un aire fresco en la ortodoxia marxista, por ejemplo, *Palos de la Crítica* (Bolívar Echeverría, Jorge Juanes y Julián Meza, 1980-1981), la heterodoxa revista del PCM *El Machete* (Bartra y Musacchio, 1980) o *El Buscón* (1982-1986, dirigida por Ilán Semo), a pesar de que el

propio Illades reconoce que las publicaciones que consulta no agotan el corpus textual de la izquierda mexicana en el último tercio del siglo XX (p. 19).

Habría sido interesante mostrar, además, el modo en que los debates académicos y políticos en esta misma época se realizaron –y en cierto sentido podría incluso decirse que hasta se desplazaron– en suplementos culturales y revistas como *La Cultura en México* (Fernando Benítez, 1962; Carlos Monsiváis, 1971), suplemento cultural de *Siempre y*, sobre todo, en revistas como *Plural* (1971-1976), *Vuelta* (1976-1998) y *Nexos* (1978), desde donde surgirían intelectuales con una presencia mediática en el espacio público –tanto en la radio como, sobre todo, en la televisión (por ejemplo, Carlos Monsiváis, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín o Jorge Castañeda)– mucho mayor que la ejercida por los intelectuales estudiados por Illades y en ocasiones con vínculos más estrechos con el poder político y con los diversos poderes económicos (desde Televisa y Televisión Azteca, hasta el Grupo Carso). Quizá haya sido en ese momento cuando se produjo un desplazamiento de la reflexión política y cultural desde la tradición socialista hacia un ideario liberal que en ocasiones buscó recuperar el legado de la izquierda en el marco de una suerte de política de la diferencia empeñada en defender a los individuos frente al Estado y a las minorías (de género, de orientación sexual y étnicas) ante lo que Tocqueville denominara la “tiranía de las mayorías”. A ello se asoció un proceso que transformó –y que en ocasiones llevó a una abierta claudicación– la actividad crítica del intelectual que no se reconocía más en la figura del “intelectual rebelde” revisado por Illades.

En efecto, en algún pasaje, al tratar el caso de Ruy Mauro Marini, el autor se refiere al modo en que la recomposición de las universidades en los ochenta –y, me atrevería a decir, por mi parte, en el marco de la reorganización neoliberal de la sociedad y de la economía que desde esta década tuvo lugar a nivel internacional en general y latinoamericano en particular– marcó el ocaso de la figura del intelectual comprometido de orientación marxista y dio paso tanto a la del especialista formado mayoritariamente en universidades anglosajonas (p. 108), como a la del intelectual mediático integrado en las redes del poder político y de los poderes fácticos. Me parece que un sugerente campo de estudio sería el análisis de estas transformaciones que llevaron no sólo al declive de la “inteligencia rebelde”, sino también, al mismo tiempo, a la cooptación –en forma sutil o abierta– de algunos de sus miembros por parte del Estado y de los diversos poderes fácticos de nuestro país. En el caso de México se abre con ello un campo de investigación tan amplio como complejo, según puede verse en la integración de algunos intelectuales anteriormente críticos en el proyecto salinista al final de la década de los ochenta y principios de los noventa (por ejemplo, Rolando Cordera, Héctor Aguilar Camín, José Woldenberg y José María Pérez Gay, por citar sólo a algunos, todos ellos ligados, de una u otra manera, a la revista *Nexos*), y en las relaciones de otros con gobiernos panistas como el de Vicente Fox (como Jorge Castañeda, antiguo miembro del

PCM), un tema que reaparece ahora con especial intensidad a propósito de las elecciones presidenciales de 2012, como lo muestra con claridad el *affaire The Guardian-Proceso-Nexos*.³

La “inteligencia rebelde” parece haber sufrido una singular transformación: por un lado, se replegó en la academia para hacer su reflexión y sus análisis más sólidos y rigurosos en términos tanto teóricos como conceptuales y argumentativos; por otro, comenzó a distanciarse de un programa político de corte socialista en el sentido en que éste había sido comprendido en las décadas de los sesenta y setenta para vincularse a proyectos socialdemócratas, populistas o de carácter altermundista. En el horizonte de esta mutación, la rebeldía dejó de escribirse con mayúsculas para comenzar a pensarse ocasionalmente en minúsculas, vinculada ahora a una crítica marginal, reticular, orientada a reivindicar los derechos de los individuos y de las minorías en el sentido arriba mencionado (podría pensarse aquí, por ejemplo, en la lectura y valoración que Carlos Monsiváis, con el sugerente título *Salvador Novo: Lo marginal en el centro* (2002), realiza de un intelectual que, como se sabe, apoyó abiertamente la política diazordacista ante el movimiento estudiantil de 1968). Tal vez ello sea –toda proporción guardada– una suerte de expresión vernácula de un desplazamiento similar al producido en Francia desde un intelectual del tipo de Jean-Paul Sartre hacia otro modelado por la figura de Michel Foucault.

En segundo lugar, el lector interesado en estos temas echa de menos en el libro una investigación empírica detallada que analizara, por ejemplo, cuál era el tiraje de cada una de estas publicaciones, si éste se mantuvo regular a lo largo del periodo de cuatro lustros estudiado por Illades, en qué zonas geográficas del país –además de la zona metropolitana de la Ciudad de México– se leía cada una de estas revistas, a qué círculo(s) de lectores se dirigía cada una de ellas, si éstos eran predominantemente académicos o si, como se esperaría en publicaciones de izquierda, se orientaban también a lectores provenientes de los movimientos obrero, campesino y popular y, en este caso, cómo reaccionaron –si es que lo hicieron y, si no fue así, por qué no lo hicieron– sus análisis teóricos sobre dichos movimientos y, por supuesto, también a la inversa, cómo estos movimientos repercutieron –si es que lo hicieron– sobre la orientación y reflexión teórico-políticas de los miembros de dichas revistas.

En tercer lugar, sería deseable –aunque es claro que esto queda pendiente para una reflexión futura que podría desarrollarse en otro libro– analizar las condiciones que han posibilitado a proyectos que se reclaman de izquierda acceder al poder presidencial en otros países de la región –ya sea con un perfil cercano al de la socialdemocracia, como en el Chile de Bachelet, o con uno asociado a un amplio movimiento obrero y popular,

³ Cf. <<http://www.guardian.co.uk/world/2012/jun/26/mexican-media-scandal-televisa-pri-nieto>> <<http://www.proceso.com.mx/?p=312572>> y <<http://www.proceso.com.mx/?p=312658>> [21 de agosto de 2012].

como Lula da Silva en Brasil, o bien en formas problemáticas como Hugo Chávez en Venezuela, sin dejar de mencionar a Evo Morales en Bolivia, José Mujica en Uruguay, Rafael Correa en Ecuador o, por supuesto, Cristina Kirchner en Argentina-, posibilidad que parece haber estado vedada en el nuestro. ¿Se debe esto a una debilidad de la izquierda?, ¿o acaso a la inmadurez de la sociedad civil –por desgracia todavía poco habituada a una cultura del debate y de la crítica– en México?, ¿quizás a un latente conservadurismo no sólo de las élites políticas y económicas, sino de la sociedad mexicana en su conjunto?, ¿tal vez a la manera –sea sutil y discreta o abierta y brutal– con la que se ejerce el poder en México?, ¿ha habido en ello una responsabilidad de los intelectuales al no haber sido capaces de hacer frente a esta situación?, ¿o tal vez un poco de todo lo anterior?

Llama la atención que entre los intelectuales y académicos que animaban las tres revistas analizadas por Illades no hubo jamás un debate teórico y político serio (por ejemplo, entre Gilly y Bartra o entre Semo y Pereyra) en torno a las propuestas analíticas y políticas que orientaban su actividad, y que ni siquiera en el interior de ninguna de ellas se encuentran rastros de un diálogo crítico (por ejemplo, entre Bartra y Semo o entre Pereyra y Echeverría) que sin duda habría nutrido no sólo a ellas, sino al debate público de la izquierda en México, y probablemente las habría mantenido a salvo de su posterior naufragio.

Esta ausencia de una cultura del debate y de la crítica pública y razonada en México no se ha restringido desde luego en forma exclusiva a la izquierda, parece ser una constante de una vida intelectual y política caracterizada por el autoritarismo y el corporativismo en casi todos los planos, incluidos, por supuesto, el cultural y el académico. Por ello, no asombra leer en algún pasaje del libro de Illades el modo en que tuvieron lugar las renuncias de Jorge Aguilar Mora, David Huerta, Héctor Manjarrez y Paloma Villegas al Consejo de Redacción del suplemento *La Cultura en México*, dirigido por un intelectual de izquierda como Carlos Monsiváis. La razón parece haber sido la negativa a publicar un artículo crítico de Aguilar Mora sobre Octavio Paz (p. 214, nota 24). Acaso esta ausencia de una cultura democrática del debate y la crítica razonados nos privó de discusiones públicas entre, por ejemplo, José Revueltas y Juan Rulfo, entre el propio Revueltas y Octavio Paz, o entre éste y Carlos Fuentes, que habrían enriquecido enormemente nuestra vida cultural y política. Más complicado sería, por supuesto, el caso de otros intelectuales mencionados por Illades en su libro, como Jorge Castañeda, quien transitara desde el PCM hacia el Partido Acción Nacional (PAN) (pp. 71 y 211, nota 86). Un desplazamiento político, académico e intelectual como éste merecería en cualquier país con una cultura democrática mínima por lo menos una tentativa de reconstrucción (auto)crítica de quien ha pasado por él.

Finalmente, habría que reflexionar sobre cómo pensar la izquierda, la rebeldía y, en general, la crítica actual en un país como México. Desde el prólogo a su libro, Illades

recuerda cómo Enrique Krauze recomendó en algún momento a la izquierda mexicana “evolucionar hacia formas europeas –españolas– de acción y pensamiento” (p. 15), y el modo en que Héctor Aguilar Camín insistió en señalar que la viabilidad de la izquierda dependía de su aceptación del mercado, de la democracia liberal y del capitalismo (pp. 15-16). Es necesario señalar, sin embargo, como ya el propio Illades lo apunta, a mi entender con razón, que muchas de las libertades de las que se disfrutaban no sólo en México sino en América Latina en general han sido resultado de las luchas y combates –tanto en el plano cultural e ideológico como en el político y social– de la izquierda (p. 16). Creo que a la luz tanto de la crisis económica y financiera que asola al mundo desde hace ya varios años como de la persistencia de profundas desigualdades sociales y económicas a escala global, la relevancia, presencia y contribución de la izquierda continuarán siendo centrales en los debates académicos, sociales, políticos y culturales contemporáneos. En este sentido, puede decirse que la desazón producida por la profunda crisis económica del modelo del capitalismo neoliberal globalizado de los últimos lustros, las dramáticas desigualdades entre el Norte y el Sur –reproducidas en el interior de los países de América Latina, Asia y África en forma de pobreza, exclusión, marginación y violencia– y la persistencia de los poderes fácticos en el plano económico y financiero que se resisten a toda forma de regulación y contención jurídicas, ofrecen las bases para una nueva fase en la recepción de Marx y en el ascenso de la izquierda. En ella seguramente se recuperará la crítica al economicismo dentro del cual algunos marxistas se empeñaron en comprender a Marx, se renunciará muy probablemente a formas binarias de explicación de la sociedad y de la historia, así como a la idea de una revolución que superaría de una vez por todas los conflictos que caracterizan a las sociedades modernas; en ella podremos leer y estudiar de nuevo la reflexión de Marx como una aportación irrenunciable para la comprensión y crítica de las carencias y patologías de las sociedades modernas, reafirmando la crítica en contra del conformismo, la pasividad y el cinismo que hoy en día parecen haberse extendido en el escenario social, político y cultural contemporáneo; en ella podremos pensar, en fin, la democracia y, en general, la política, como lo deseaban Pereyra y Bartra, sin dejar de lado los cuestionamientos al capitalismo que tanto ocuparon a Gilly, Semo y Echeverría, renunciando a la idea de una resolución final de los conflictos que distinguen a las sociedades modernas, a figuras herederas de una filosofía de la historia hoy insostenible y a toda suerte de determinismos y dualismos que no han hecho más que paralizar la labor de la crítica y, con ella, la del propio pensamiento.